

LA CAZA DE RANAS

Carbayedo de Arriba, 1 de marzo de 1949

Querido yo:

Soy tú. O sea, eres, yo. Es decir, que tú que me estás leyendo soy yo, el mismo que te está escribiendo ahora. Jo, qué lío.

Bueno, para aclararnos, me llamo Vicente Cabo Pertierra y tengo nueve años. En casa todos me llaman Vicentín. No sé cuántos años tendrás tú, o sea, yo, cuando leas esta carta, igual eres ya un viejo de cuarenta y cinco años como papá. Te escribo esto para que lo leas cuando seas viejecito, o sea, cuando yo sea viejecito. Bueno, de verdad esto es un lío.

La idea de escribir esta carta me la dio el abuelo. El abuelo está un poco chocho, no oye bien y se le olvidan las cosas; y se le ocurren disparates como lo de esta carta. Pero es muy simpático y cuenta historias muy divertidas, y todos los domingos, bueno, los domingos que se acuerda, me regala un caramelo a escondidas de mamá. El abuelo es genial.

Pero vamos, lo que estaba contando antes: me llamo Vicentín, tengo nueve años y vivo en Carbayedo de Arriba. Mi papá se llama Ceferino, y mi mamá Etelvina. Puede que sus nombres sean esos, pero todo el mundo les llama Cefe y Telva. Tengo dos hermanos: uno mayor que se llama Pablo y otra pequeñaja que se llama Carmen. Pablo está siempre fastidiándome y persiguiéndome para pegarme con una zapatilla. El otro día me quitó una canica solo para chincharme; él no la quiere para nada porque tiene trece años y ya es mayor, y aun así dice que no me la devuelve. Pero también es muy valiente y muy fuerte, y dice que si alguien en la escuela se mete conmigo, que se lo diga y que ya se enterará. No me cuenta

de qué se enterará ese alguien, pero no debe de ser de nada bueno. La pequeñaja es un bebé y no hace nada. Sólo duerme, llora y mama, y tiene a mamá siempre pendiente de ella. Yo no sé si mi mamá todavía me quiere. A veces creo que no, que solo piensa en Carmen. Cuando me acerco a mamá ella siempre me regaña y me dice: no hagas ruido, qué quieres, ahora no me molestes, no ves que estoy dando el pecho. La verdad, todo era mejor cuando todavía no estaba Carmen y mi mamá todavía me quería. Aunque a veces me acerco al bebé y me agarra el dedo meñique con su puñito y me lo aprieta fuerte y me entra un no sé qué, que le empiezo a dar besos y abrazos hasta que viene mi mamá y me dice que me aparte y que no le llene de babas. También vive en casa el abuelo, que me da dulces a escondidas. Eso ya lo había contado antes.

Carbayedo de Arriba es un pueblo muy bonito, el más bonito del mundo. Desde luego mucho más bonito que Carbayedo de Abajo, por mucho que digan ellos. Tenemos una fuente en la plaza y viene el mercado una vez al mes. Tenemos una iglesia toda de piedra, dice el cura que de estilo “romántico”, y en sus soportales se está muy fresquito en verano. Tenemos una escuela nueva y dentro tenemos al maestro don Amador. La verdad es que no sé por qué se llama así, puesto que en realidad lo que hace es odiar a los niños. Siempre nos está gritando y riñendo y no nos deja jugar a la pelota contra la pared de la escuela, así que tenemos que hacerlo a escondidas, cuando don Amador se va del pueblo a visitar a la maestra de Carbayedo de Abajo. Que yo creo que están enamorados, porque un día les vimos paseando juntos cerca del río y ella llevaba una flor en el pelo y él se puso muy colorado cuando les encontramos tumbados en la hierba que estaba sin segar y no sabía si sonreírnos o reñirnos; pero la maestra de Carbayedo de Abajo, que además de muy guapa debe de ser muy buena, no dejó que nos regañara y se puso a hablar con nosotros y nos preguntó nuestros nombres y no nos dijo nada aunque muchos íbamos descalzos, que don Amador siempre nos abronca por eso.

Todas estas cosas te las cuento, aunque tú ya las sabes, porque para eso tú eres yo. Tú ya las sabes, pero es que el abuelo me dijo que te las contara, que luego las cosas se olvidan, y que seguro que te gustará, o sea, me gustará leer todo esto cuando sea mayor. Son las cosas del abuelo, ya sabes, está un poco loco, pero es muy divertido.

El abuelo cuenta muchas cosas de la guerra de Cuba, dice que no sabe por qué se tuvo que ir tan lejos a matar cubanos. Dice que él estaba muy bien en su pueblo y los cubanos en el suyo. Además, dice que eran buena gente, muchos eran hijos de asturianos como nosotros. Dice que lo pasó muy mal allí, mucha calor, mucha hambre y muchas fiebres. Cuenta que lo peor de los mambises, que es una palabra que no sé lo que quiere decir, pero que me da mucha risa sólo oírla, eran sus emboscadas. Y que no había cosa en el mundo que diera más miedo que las carcajadas de los mambises escondidos en la selva, justo antes de hacer una emboscada y atacar. Unas risas demoníacas, según el abuelo, que hacían que se les helara la sangre a todos los soldados españoles que estaban allí, y que pasaran más miedo que cuando me vuelvo a casa de noche y tengo que pasar por delante de la puerta de la señora Macrina, que dicen todos que es medio bruja. Todo eso cuenta el abuelo, y desde entonces muchas veces que me pilla despistado me agarra por detrás y grita ¡ataque mambí! Y me mata a cosquillas hasta que casi me meo. El abuelo es muy divertido.

Aquí también tuvimos una guerra hace unos años, justo antes de que naciera yo, pero la gente no quiere hablar de ella. Debe de ser una guerra secreta. Hubo después también otra guerra muy famosa en el mundo. Luchaban alemanes, italianos, rusos, americanos, ingleses y hasta japoneses. Yo no sé si los japoneses en su selva darían tanto miedo con sus risas como los mambises. Nunca he visto un japonés, dicen en la escuela que son amarillos y que apenas pueden abrir los ojos. A mí me parece un poco raro, si no pueden abrir apenas los ojos, no se habrían metido en una guerra, por lo menos no de día, esperarían a la noche. No sé. Dicen que murió mucha gente en todas partes, en el mar, en las montañas, en los pueblos, en los

campos, y que con una sola bomba podían destruir una ciudad entera. Qué barbaridad. Eso sí que debe dar miedo. Mucho más que una emboscada en la selva de los mambises. Mi papá dice que la guerra de los rusos y los alemanes y los ingleses y los japoneses la ganaron los buenos y el señor cura que la perdieron los malos. Yo me fío más de mi padre, que es más fuerte y más listo, y que además no da los pescozones que da el señor cura cuando nos equivocamos con la campanilla al hacer de monaguillos los domingos en misa.

Lo que no sé es por qué tiene que haber siempre alguna guerra por ahí: la de Cuba, la Secreta, la de los alemanes y rusos y demás. A mí me gustan más las cosquillas que las bombas. Digo yo si no sería más fácil arreglarlo todo a tortas entre los reyes de Alemania y Rusia detrás de la tapia de la iglesia, como hacemos en la escuela cuando discutimos entre los compañeros. Un par de trompazos y todo resuelto. Y después, tan amigos. ¿Tú que crees? Bueno, tú crees lo mismo que yo, para eso yo soy tú.

Lo que te decía antes, vivo en Carbayedo de Arriba que es un pueblo muy bonito. Después de la escuela vamos muchas tardes, si no llueve, al campo que hay detrás del cementerio a jugar al balón, o a la plaza a jugar a las canicas, o a cazar ranas a la reguera. A ver, a la pelota jugamos hasta que dice Ramiro, que para eso el balón es suyo. Siempre se pone de portero y, si le metemos muchos goles, se enfada y se va con el balón. Así que tenemos que tener cuidado de tirarlas fuera o muy facilitas. Lo que pasa es que como está muy gordo y no se puede casi mover, a veces no para ni éstas, y se le mete el balón entre las piernas y al poco se enfada y se va para su casa, y nos tenemos que conformar con jugar al marro o a una guerra de piedras. A las canicas en la plaza jugamos los que podemos. Hay niños muy pobres en el pueblo que no tienen canicas y entonces se quedan solo mirando. Cecilio, el hijo del alcalde, tiene muchas, pero dice que son todas para él, que para eso es el hijo del alcalde. Yo no sé por qué no se reparten un poco las canicas, al fin y al cabo, a Cecilio le sobran y si repartiera una a cada niño pobre, todavía le quedarían muchas, más que a nadie. Pero dice que no, agarra

fuerte el saco de las canicas y los niños pobres aprietan los puños y le miran con mucha rabia, pero no le hacen nada porque no se atreven, porque para eso es el hijo del alcalde. Cecilio dice que a los niños sin canicas todo lo que les pasa les está bien empleado porque sus padres son unos rojos. Yo he visto a sus padres y no es verdad, no son rojos ni verdes ni amarillos, son color carne como todos los demás. El único un poco rojo en el pueblo es el tío Avelino, que está todo el día en la taberna bebiendo vino, y que cuando sale nos hace mucha gracia, va caminando todo colorado de un lado para otro, tropezándose con su sombra. Hay días que nos escondemos detrás del muro de casa de Rubén el herrero y le tiramos bolas de barro a ver si se cae del todo. Y a veces se cae aunque no le acertemos. De todos modos, a mí me gustaría más si se repartieran las canicas y todos tuviéramos, así podríamos jugar más niños y nos divertiríamos más.

Lo que me encanta es lo de cazar ranas. En eso soy el mejor del pueblo. Tengo un truco secreto para cazarlas que no le puedo contar a nadie, bueno a ti sí, si me prometes no decirlo por ahí. Cada tarde cazo por lo menos ocho o nueve ranas mientras los demás no cogen ni cinco. El truco son los saltamontes. Primero voy temprano por la tarde por los *praos* y cazo unos cuantos saltamontes, les arranco las patas de atrás y así ya no pueden saltar. Los pongo entonces en medio de la reguera, sobre un palito o sobre una hoja flotando en un remanso. A las ranas les encantan los saltamontes. Cuando se acercan a por su plato favorito, ¡zas!, al saco. Bueno, no se lo cuentes a nadie, o me quedo sin ranas. O sin saltamontes.

Papá trabaja mucho, y cuando llega a casa siempre tiene la mirada como triste. Cuando se sienta a cenar en la mesa me pasa la mano por la cabeza revolviéndome el pelo y me pregunta qué tal el día en la escuela. Yo siempre le contesto que muy bien, aunque ese día don Amador me haya castigado sin recreo o me haya dado una guantada, porque le veo tan triste y tan cansado que no me apetece darle más penas. Espero que tú, o sea yo, cuando seas mayor y llegues a casa después de trabajar no tengas la mirada triste ni te tengan que engañar tus hijos.

Papá trabaja en la mina de don Anselmo. Bueno, en el pueblo casi todos trabajan en la mina de don Anselmo. Papá trabaja de lunes a sábado en la mina, y los domingos, ayuda a mamá y al abuelo en la huerta de casa. El señor cura dice que los domingos son el día del Señor y que no se puede trabajar. Papá dice que ya le gustaría a él no tener que trabajar los domingos, y yo pienso si no sería mejor trabajar sólo los domingos, como hace el señor cura.

Nosotros tenemos una vaca, dos cabras y muchas gallinas. Y un gallo. Con las gallinas que se hacen viejas y no se lleva la raposa mamá hace caldo. A mí no me gustaría ser gallina de mayor. Toda la vida poniendo huevos y aguantando al pesado del gallo para terminar en una sopa justo cuando ya has dejado de trabajar y tu vida podría ser más tranquila y te mereces un descanso. Pero como ya no vales, pues, hala, caldo. Ni tampoco vaca, es una vida un poco triste y aburrida, la verdad. Comer y dar leche, comer y dar leche. Parir un *xato* y volver a dar leche. Toda la vida masticando y dejando que te estrujen los *tetos*. La verdad, muy aburrido, aunque te pongan la comida en el plato cada día sin tener que trabajar y aunque no tengas que tener miedo de la raposa o de la fuina.

Yo lo que quiero ser es capitán de barco y recorrer todos los mares en busca de aventuras. O mejor todavía, quiero ser capitán pirata, porque me gusta mucho eso de que son muy valientes y hacen siempre lo que les da la gana. El único problema es lo de la pata de palo, yo preferiría no tener nada de madera. Eso me lo tengo que pensar bien.

Los piratas roban a los ricos todos sus tesoros para dárselos a los pobres. El abuelo dice que eso es una tontería, que nadie hace eso. Que lo que suele suceder en realidad es que los ricos roban a los pobres para dárselo también a los ricos. Entonces mi mamá le dice: cálese por Dios, no enseñe esas cosas a los *nenos*.

Y yo me hago un lío, porque entonces ya no sé si quiero ser pirata si no voy a repartir los tesoros con los pobres y tampoco quiero ser rico, pero tampoco quiero ser pobre.

Lo que seguro que no quiero ser es cura. Primero: llevan faldas como las nenas. Segundo: están siempre regañando a la gente. Tercero: sólo hablan con las viejas del pueblo. Eso sí, mandan mucho y la gente les tiene mucho respeto. Igual que a los piratas, que también son temidos y respetados. Y los curas no tienen que tener pata de palo. Bueno, eso no lo sé seguro, porque con la sotana no se les ve las piernas, y quién sabe si son las dos de verdad.

Pero bueno, la verdad, prefiero pirata.

Mi padre me dice que lo que tengo que hacer es estudiar, que don Amador dice que valgo para las cosas de letras. Dice que puedo llegar lejos si no me tuerzo. Y yo entonces procuro ir muy estirado y muy recto y muy envarado para no torcerme, pero a veces es difícil, como cuando corro muy rápido o como cuando tengo que agacharme para cazar ranas. Espero que don Amador no me vea en esos momentos.

Mi hermano Pablo dice que quiere ser mecánico o conductor de camión. Mi padre dice que le parece bien, que cualquier cosa le parece bien menos ir a la mina. O menos ser guardia civil. Entonces mi mamá le dice: cállate por Dios, no enseñes esas cosas a los *nenos*.

Mi hermana pequeña no dice nada, no sabemos qué quiere ser de mayor. Yo creo que no quiere ser mayor, está tan a gusto en brazos de mamá todo el día, ahí dándole a la teta, que quiere ser bebé toda su vida.

Además de las cabras, las gallinas y la vaca, en casa tenemos también a Lalo. Lalo es muy amigo mío, pero sobre todo es muy amigo del abuelo. Hace siempre lo que le dice, va con él a todas partes, al monte, a la partida, se sienta al sol por las tardes entre sus piernas y el abuelo le da dulces a todas horas (no sólo los domingos como a mí). Ya no puede correr muy rápido, desde que Pinón el del Molín le diera un día aquel estacazo en el lomo por robarle una gallina, que le dejó las trancas traseras un poco averiadas. Pero es muy cariñoso y juguetón y conmigo también se lleva muy bien. Lalo es el mejor perro del pueblo.

El abuelo dice que Lalo es muy sabio, que escucha y observa todo, y se lo queda muy dentro. Que como hay muchas cosas que ve y que no le gustan es por eso tan callado, porque no le apetece hablar de cosas feas. Solamente a veces, con la luna llena, sale afuera y se pone a aullar como si fuera un lobo, y entonces otros perros del pueblo le contestan, y empiezan a tener una conversación entre ellos, hasta que Lalo dice basta y se callan todos y se ponen a dormir otra vez. Yo creo que Lalo les cuenta a los otros perros todas las tonterías que hacemos los hombres durante el día y el resto de perros están de acuerdo y le contestan, y se ríen de nosotros, hasta que se cansan.

Cuando le conté esto al abuelo me escuchó con mucha atención y me dijo que sin duda era así, que los perros son más listos que los humanos y que además son mejores personas. Papá me dijo, sin embargo, que eso era una tontería y que todos los perros ladran a la luna llena porque les va en la sangre de lobo que les queda de sus ancestros.

Como no sé qué quiere decir ancestros, no me atrevo a replicarle, pero me sigue pareciendo que entre ellos se dicen cosas que nosotros no comprendemos y que es mejor que sea así.

El año pasado vino un circo de gitanos al pueblo. Instalaron su carromato en la plaza y fueron tocando la trompeta y dando voces por todas partes anunciando que esa noche habría función. No vienen muchos circos a Carbayedo de Arriba. En realidad, no viene mucho de nada, solamente el mercado una vez al mes, y parientes lejanos de visita cada vez que hay un entierro.

El circo consistía en un gitano que tocaba la trompeta y, mientras tanto, una cabra se subía a un taburete y la esposa del gitano le iba pegando con una vara en el lomo para que fuera dando vueltas en círculo. La verdad, nada muy impresionante. Después, la esposa hizo unas cuantas adivinaciones a algunos vecinos, que como eran sobre el porvenir, pues no sabíamos si acertaba o no. El hijo de la familia hizo unas cabriolas y unas volteretas encima de una

silla. Sólo se cayó dos veces, pero siempre se levantó muy orgulloso como si no se hubiera hecho daño, aunque los costalazos fueron de aúpa. Y, por último, la hija de los gitanos, una niña muy flaca y con los ojos muy tristes, caminaba descalza sobre una alfombra hecha de cristales de botellas rotas.

No hubo payasos, ni fieras (quitando a la cabra), ni magos. La verdad es que todo daba un poco de lástima. Después pasaron el sombrero entre el público y recolectaron algunas monedas. No muchas, la verdad, en Carbayedo de Arriba no sobra el dinero. Algunos, en vez de dinero dejaron algo de comida: un chorizo, un poco de chocolate, un trozo de pan de centeno. La maestra de Carbayedo de Abajo, que había venido a ver el espectáculo, les dio una muñeca de trapo muy bonita, que la niña gitana agarró con muchas ganas y apretó contra su pecho, y sus ojos dejaron de estar tristes por un segundo.

Entonces, en casa de Rubén el herrero echaron en falta unas herramientas y enseguida se supo en todo el pueblo. Todos los vecinos fueron a buscar a los gitanos, que estaban cargando el carromato en busca de su siguiente destino. Los corrieron fuera del pueblo a pedradas y a palos, apenas tuvieron tiempo de terminar de empaquetar, y escaparon a toda velocidad. Con las prisas, la muñeca de trapo quedó abandonada en el suelo de la plaza, pisoteada por los vecinos que persiguieron a los gitanos.

El abuelo dice que la gente no quiere a los gitanos porque son diferentes. Papá dice que no los quieren porque roban. Yo pienso que no será por eso, porque la gente sí quiere a los piratas y ellos también roban. O a lo mejor es porque los gitanos, en vez de robar a los ricos como los piratas, roban a los pobres. Pero el abuelo dice que no, que solo es porque son diferentes. Que a los negros tampoco los quieren y ellos no roban, solo son vagos. Y que, además, él ha visto muchos negros en la Guerra de Cuba y, cuando les clavaban un bayonetazo, su sangre era roja, como la nuestra. Y otros amigos que tiene que estuvieron en la Guerra de África, cuando mataban moros les pasaba lo mismo, por dentro son carne y

hueso y sangre, igualitos que nosotros. Que la única diferencia es la piel, y la piel es solo como un abrigo. Que él se quita y pone el abrigo cada primavera y cada otoño, pero sigue siendo la misma persona siempre. Entonces papá se levanta y dice, con usted no hay quien pueda, padre, y se va.

Tengo muchos amigos en el pueblo, pero el mejor de todos es Luis. Tiene justo los mismos años que yo, y nos pasamos todo el tiempo que podemos juntos. Lo compartimos todo. Bueno, casi todo. El secreto de la caza de ranas, no.

Luis es un niño muy simpático, pero que en su casa se aburre mucho porque no tiene hermanos. Vive solo con su madre desde que nació. Del padre de Luis no sé nada. Él no dice nada, su madre no dice nada, nadie dice nada. Lo único que dicen en el pueblo es que es un hijo “natural”. Vaya tontería. Pues como todos, natural, es de carne y hueso, no va a ser artificial.

A veces pienso en eso de vivir sin padres ni hermanos y me da un poco de pena. Aunque Pablo sea un poco abusón y aunque Carmen no haga más que llorar y mamar, a mí me gusta tener hermanos. Y tener padre, aunque tenga siempre la mirada triste. Porque me gusta cuando me pasa la mano por la cabeza y me dice: bien, hijo, bien. O cuando me enseña a hacer tallas con la navaja en un madero de boj.

Entonces, como Luis debe de aburrirse mucho en su casa, viene todo el rato a la mía a buscarme. Y a mí no me importa, lo pasamos muy bien juntos, imaginando historias de cuando seamos piratas (yo capitán, él contramaestre), escondiéndonos a tirar piedras al tío Avelino o bañándonos en el río en verano.

Siempre viene a la misma hora y madre le pregunta: ¿has merendado?, y Luis siempre dice que no, y entonces mi madre le da una manzana o un pedazo de pan con manteca o un platín de papas.

La madre de Luis no se sabe muy bien de qué trabaja. A veces cose, a veces cocina pasteles para vender, y a veces viene a la entrada del pueblo un automóvil oscuro muy grande, se monta en él, y no regresa hasta la mañana siguiente. Y siempre vuelve con los ojos tristes aunque no sea gitana.

En la escuela somos unos cuarenta niños. Los *nenos* vamos con don Amador, y las *nenas* con la maestra doña Perpetua. Vamos a la misma escuela, pero entramos por puertas diferentes y estamos siempre separados por una pared. Por algún motivo no quieren que los niños nos juntemos con las niñas, no sé si es que haya algo contagioso, o es que son peligrosas, o somos nosotros los peligrosos. No tengo ni idea, pero por si las moscas, cuando nos cruzamos con ellas en el patio ni nos miramos, y no jugamos juntos. Bueno, a mí me gusta a veces tirarle de las trenzas a Rosarito, que es una niña que tiene el pelo casi rojo y lleva siempre dos trenzas y cuando le tiro del pelo me persigue y si me alcanza (lo que pasa a veces), me pega una patada, y yo se la devuelvo, y al final en vez de enfadarnos nos reímos un poco, hasta que nos damos cuenta de que puede que estemos haciendo algo contagioso y nos vamos deprisa cada uno por nuestro lado.

En el aula los más listos nos sentamos en primera fila. Los más burros y los que no llevan zapatos, se sientan al final. En clase a veces me aburro bastante y otras veces me aburro mucho. Entonces me pongo a imaginar historias de piratas, de exploradores en África, de la guerra de Cuba. En esos momentos don Amador me hace alguna pregunta, y como no sepa de qué va la cosa, me pega un capón y me amenaza con sentarme atrás, “donde la chusma”. A mí no me importaría sentarme atrás, pero “la chusma” cuando nos acercamos los de las filas de delante a la parte trasera del aula, nos insultan o nos escupen o nos amenazan. Dicen que somos unos pelotas y unos aprovechados. Yo querría explicarles que muchas veces yo preferiría estar sentado atrás donde ellos, pero ellos no parecen tener muchas ganas de escuchar.

Al final, ni los niños de primera fila se quieren juntar con la chusma, ni las niñas con los niños, ni nada de nada, yo no sé cómo la gente puede organizarse después de mayores si nadie quiere estar con nadie.

Un día, don Amador nos mandó que escribiéramos una redacción sobre “el futuro”. Don Amador tiene estas cosas, entre capón y capón, entre lista de reyes godos y de ríos de España, entre tablas de multiplicar y fórmulas de trigonometría, a veces se le ocurren estas ideas raras, y nos manda escribir cuentos, traer muestras de hierbas, o damos la clase en el campo algún día de primavera. Yo creo que son cosas de la maestra de Carbayedo de Abajo, que le tiene sorbidos los *sexos*, y que le mete estas ideas raras en la cabeza para que las practique con nosotros. Sí, tiene que ser cosa de ella, que es muy guapa y simpática.

Por cierto, yo me voy a casar con la maestra de Carbayedo de Abajo. De verdad que es muy guapa y muy simpática y muy buena. El próximo día que la vea por el pueblo le voy a regalar una flor para que se ponga en el pelo, como hace don Amador, y así será ya mi novia.

Pues don Amador nos dijo que la redacción la escribiéramos en casa, que podíamos preguntar a quien quisiéramos y que la trajéramos para el lunes siguiente. “El futuro”. Vaya cosa. Cecilio escribió que en el futuro él sería el alcalde, que tendría mucho dinero, más que nadie en el pueblo y que mandarían mucho. Rubenín que sería herrero, igual que su padre. Ramiro, que portero del Sporting, aunque cuando leyó esto nos empezamos a reír todos de él y lo cambió en el momento y dijo que bueno, que portero de los que están en la puerta del estadio y cortan las entradas a los espectadores. Pero yo vi cómo se le ponían los ojos llorosos, debe ser triste eso de que los demás te arruinen tu futuro. Los niños de la última fila que vienen sin zapatos no trajeron ninguna redacción. Claro, ellos son tan pobres que no deben tener ni papel para escribir. Ellos no pudieron escribir su propio futuro. Mi amigo Luis dijo que en el futuro le gustaría tener un pasado mejor, haber tenido un padre y muchos hermanos,

y una madre que no le dejara solo por las noches todos los jueves. Aunque se conformaba con un presente cerca de su amigo Vicentín. Que soy yo, o sea tú.

En cuanto a mí, estuve primero preguntando por casa. Papá dijo que el futuro es trabajar, preferiblemente no en la mina, y sacar una familia adelante. Pablo dijo que su futuro es ser mecánico conductor, y conducir camiones por toda Asturias y hasta por toda España. Dijo que el futuro era salir del pueblo. Carmen no dijo nada, claro, pero ella tiene todo el futuro a estrenar, apenas ha gastado nada. Mamá tampoco me dijo nada, sólo cállate que estoy durmiendo a la nena. Parece que el futuro de mamá es ser vaca toda la vida. El abuelo dijo que era un tema muy interesante, pero que seguramente él no era la persona más indicada para ayudarme. Dijo que su futuro era su pasado, recordar cada mañana cosas del ayer y soñar con algo mejor para nosotros. Dijo que como él no tenía futuro, de lo que si podía hablarme era del futuro del pueblo. Dijo que el imaginaba un futuro donde todos los niños tendrían canicas, donde ir con o sin zapatos sería decisión de cada uno, pero que todo el mundo tendría al menos un par de pares, y donde nadie se sentaría en la última fila. Donde habría más flores en el pelo y menos pescozones. Un pueblo donde se miraría el color de la sangre para ver quién era verdaderamente diferente, donde las minas no se alimentarían de vidas humanas, donde las ilusiones de una niña no quedarían pisoteadas en la plaza pública. Un pueblo donde nadie tendría la mirada triste. Dijo que esto es lo que él imaginaba para el futuro y que, como ya era viejo, no tenía ninguna gana de pensar que pudiera ser de otra forma, y que tanto si me gustaba como si no, eso es todo lo que me iba a ayudar para la redacción que don Amador nos pedía. El abuelo a veces se pone un poco terco.

Bueno, al final me ha salido una carta de muchísimas hojas. No me va a caber en un sobre ni voy a tener sellos suficientes para mandarla por correo. Así que he pensado, que como voy a ser capitán pirata cuando sea mayor, lo que voy a hacer ahora es meter todas estas hojas en una botella y arrojarlas al mar, así que seguro que, dentro de unos años, cuando tú llegues

(cuando yo llegue) a una isla desierta, a desenterrar un tesoro, a rescatar a alguna princesa, o a capturar algunos esclavos, encontrarás esta carta y la podrás leer. Eso voy a hacer. Bueno, lo haré cuando llegue al mar, que todavía no lo he visto nunca. Mientras tanto, la esconderé en algún sitio de la huerta.

En fin, me despido, espero que te encuentres muy bien cuando leas esto y que me contestes.

No se te olvide.

Bueno, ya está, adiós.

Vicentín.

Carbayedo de Arriba, 1 de marzo de 2022

Querido yo:

Soy tú. Eres yo. Bueno, ya sabes cómo va esto.

Perdona que no te haya contestado antes, disculpa la tardanza. Aunque total, tampoco es para tanto, tan solo han pasado poco más de setenta años. Puede parecer una eternidad, según el cristal con que se mire, al fin y al cabo, todo es relativo. Setenta años apenas erosionan una roca de granito, pero convierten en arenisca una pared de arcilla. Setenta años ven crecer y morir un bosque, y apenas desfiguran las hoces de un río. Pueden pudrir al mejor de los vinos y añejar el mejor de los orujos. En mi caso setenta años lo son todo y no son nada, porque la vida se me fue a veces volando, a veces con una insoportable lentitud. Pero tu paciencia (que es la mía) habrá valido la pena, y aquí va mi respuesta que, si bien quizá sea tardía, es sincera y todavía llega a tiempo a ser leída.

Recibí tu carta hace unas semanas, dentro de una botella como habías dicho, semienterrada en la huerta de casa. La encontré mientras desbrozaba un poco y trataba de limpiar algunos escombros. Mucho no puedo hacer, con más de ochenta años en la espalda y en el alma. Pero intento entretener las largas horas haciendo algo útil, ya sabes que me cuesta estar parado.

Leí con gran ilusión todas las cuartillas que tu letra infantil había rellenado, y todos esos recuerdos de infancia se me hicieron vívidos y tangibles. El abuelo tenía razón, de mayor te encantaría –me encantaría- recordar todas estas cosas, algunas de ellas olvidadas.

Por cierto, tengo una mala noticia que darte: el abuelo murió. Estaba sano y fuerte como un toro. Todos los días se iba al monte con Lalo a dar sus paseos, en invierno cortaba leña y los sábados por la tarde jugaba al dominó en la taberna. No tenía achaques y todavía caminaba derecho como un fresno, y era capaz de segar a guadaña el prado más cuesto del pueblo. Pero entonces falleció papá. Y el abuelo aquel día dejó de comer y de pasear y de cortar leña y de jugar la partida. Dijo que era muy injusto que los hijos se fueran antes que sus padres, que nadie estaba preparado para eso y al poco tiempo se fue con él. Se fue en silencio y sin molestar; una mañana se acostó abrazado a un retrato de su hijo y ya no despertó.

A papá lo mató la silicosis. Eso dijeron los médicos, pero en realidad a papá lo mató la mina, el trabajo sin fin, la tristeza. A papá lo mató la falta de vida. Toda su existencia trabajando como un mulo para poder llevar un mínimo de dignidad a casa a costa de dejar su pellejo y sus pulmones en el pozo nº 7 de la mina de Santa Teresa, propiedad de don Anselmo. Nunca se le quitó la mirada triste que traía todas las noches cuando llegaba a casa derrengado después de la faena diaria. Cuando murió papá, tú (o sea, yo), eras un guaje de apenas trece años y tuviste que tirar para adelante y ayudar a rellenar el hueco que dejó. Tuviste que echar una mano en casa, aunque papá había sido muy claro: tú tenías que estudiar, de ninguna manera él podría admitir que te enterraran en vida como hicieron con él.

Y así lo hiciste. Y así lo hice. Estudié. Lo siento, lo de ser capitán pirata al final no pudo ser. En eso de estudiar sí hice caso a papá, en otras cosas no. Algunas veces debería haber seguido sus consejos, en otras no me equivoqué al seguir mis instintos y romper con mi pasado. Lo que sí hice fue seguir siempre mi camino. Nuestro propio camino.

Pero no empecemos por el final, vayamos por orden. Ya sabes, soy viejo, mi cabeza no funciona del todo como debería, a veces se me desordena. A veces se me olvida lo que hice ayer o hace una semana y sin embargo a veces recuerdo nítidamente los juegos en la plaza, las cacerías de ranas en el arroyo, las collejas de don Amador en la escuela.

Sabes, ya no hay escuela en el pueblo. Ni guerras de piedras, ni juegos de pelota, ni campeonatos de canicas. Ya no hay niños en Carbayedo de Arriba. Apenas quedan cuatro viejos y casi todas las casas están cerradas y abandonadas. Pero me desordeno otra vez. Voy a intentar poner orden en todas estas líneas, me despisto como se despistaba el abuelo. ¿Ya te dije que se murió? ¿Sí? Fue una pena.

¿Te acuerdas de Lalo? Aquel perrito cojo, aquel saco de pulgas fiel que no se despegaba del abuelo ni a sol ni a sombra, excepto cuando iba a cortejar alguna perra en celo del vecindario. Cuando el abuelo murió, Lalo también dejó de comer. Se tumbó en la antojana de casa, junto al banco donde descansaban las madreñas del abuelo y esperó y esperó a que apareciera su amo para rascarle la cabeza a cambio de algunos lametazos. Al cabo de tres días y tres noches, Lalo se cansó de esperar y se fue al monte por el camino por el que iba con el abuelo cada día, y ya jamás volvió. Dijeron los vecinos que era un perro muy viejo, que seguro que los lobos habrían dado buena cuenta de él, pero yo sabía que simplemente había decidido unir su destino al de su amo y continuar a su vera por el sendero de la inmortalidad.

¿Por dónde iba? Esta cabeza mía... Sí, finalmente seguí los consejos de don Amador y los deseos de mi padre, y con catorce años marché a estudiar a un internado. No puedo comprender cómo pudieron permitirselo en casa, con una madre viuda y tres bocas que alimentar. Bueno, sí, lo sé, fue gracias a Pablo, paradigma de la nobleza, de la responsabilidad, de la generosidad. Paradigma quiere decir algo así como ejemplo. Es que con todo lo que estudié empecé a usar palabras más rimbombantes, a veces solo para darme importancia. Bueno, seguro que tú me entiendes. Ya sabes, tú eres yo.

Como te decía, con la muerte de papá, Pablo, con diecisiete años tuvo que suplantar su posición y comenzó a trabajar en la mina de don Anselmo. Poco tiempo, porque madre fue a hablar personalmente con el patrón y tras implorarlo y rogarle para que evitara que la mina

se llevara a otro miembro de la familia, logró convencerlo para que trabajara “de puertas afuera”. Llevando primero el mantenimiento de las máquinas y, enseguida, conduciendo los camiones de la empresa. Qué fue lo que le dijo mamá, lo que hizo, si le amenazó o le rogó, qué argumentos usó, lo cierto es que nunca lo supimos, pero Pablo se libró de seguir la misma suerte que mi padre, y desde su posición de mecánico conductor pudo traer un sueldo a casa, que ya sin las bocas del abuelo y de papá que alimentar, nos permitió salir adelante sin demasiadas penurias. Carmen creció, y se convirtió en una mujer extraordinaria, madre de cinco hijos. Además de su extensa prole, tuvo siempre a mamá a su lado, en su casa, a la que cuidó hasta el día de su muerte, rodeada de nietos y de felicidad.

Yo, por mi parte, comencé a vivir o, mejor dicho, a existir. Pasé de Vicentín a Vicente, y después a don Vicente. A grandes rasgos: tras acabar los estudios comencé a escribir poemas, relatos, alguna novela sin éxito. Disfrutaba plenamente con lo que hacía, aunque la subsistencia era complicada. En una noche de bohemia, conocí a una bella y ambiciosa joven, de buena familia. Se enamoró de mi talento más que de mi persona y, con las reticencias máximas de su familia, nos casamos a los seis meses. La única condición que pusieron sus padres fue que lo de escribir se tenía que acabar. Me colocaron en una de las empresas familiares. Comencé a ganar dinero, parecía que se me daba bien. Localizaba empresas en apuros, ayudaba a dejarlas prácticamente hundidas, y entonces conseguía que las malvendieran por cuatro duros al grupo familiar para que éstos las reflotaran con el propósito de revenderlas después con pingües beneficios. Una suerte de caza de ranas, donde las empresas pequeñas eran saltamontes a los que yo cortaba las patas para conseguir una presa mayor. Después la rana era también liquidada y el patrimonio familiar engordado. Abandonada la práctica de la escritura, mi talento me abandonó también y mi esposa perdió entonces el interés por mí, a sus ojos ya no era ese joven diferente y sensible. Bien cierto es que yo ya no lo era, desde luego. Comenzaron las hostilidades familiares, los desencuentros,

las infidelidades, y todo desembocó en un mal divorcio que terminó con mi matrimonio, mi posición en la empresa y mi autoestima.

Al final tardé en comprender que la vida es una caza de ranas, donde algunos somos saltamontes, otros ranas, pero todos somos cazados por una minoría aventajada que conoce el secreto de la caza perfectamente y que ejecuta esta disciplina de una manera precisa y constante. Con la ventaja de no tener ningún remordimiento por ello, lo que les permite mantener la cacería ajustando y perfeccionando las tácticas a cada tiempo y a cada época.

Volví a escribir y, aunque no logré éxitos comerciales, sí logré una satisfacción enorme en lo que hacía, una sensación de orgullo al ir a la cama cada noche y una conciencia muy tranquila. Entendí, tarde, la verdadera esencia de la vida. Me llevó muchos años, me llevó desperdiciar media vida, pero lo importante es que lo conseguí, muchos jamás terminan de percibirlo, y mueren como saltamontes o como ranas, sin darse cuenta ni de que han vivido. Viví, acerté y me equivoqué. Gocé y sufrí, desperdicié gran parte de mi vida, pero salvé mi infancia y mi vejez, algo es algo.

Pero déjame que te diga una cosa, que a mis años ya puedo decir lo que quiera: lo que sí aprendí en esta vida es que si quieres algo tienes que ir a por ello. Si te sientas a esperar no te llegará nada o te llegarán solo las sobras de los demás, lo que nadie quiere ya. Todo lo bueno que conseguí, todo, fue porque fui a por ello. Todo lo malo que tuve, no lo pedí, me llegó. Y lo que es peor, dejé que me llegara. No hice nada por evitarlo, se apoderó de mí, se aprovechó de mi abulia, de mi estado expectante, de mi falta de ímpetu para abalanzarme a por las cosas que verdaderamente valían la pena. Y de mi falta de coraje para luchar por las cosas por las que verdaderamente había que apostar. Porque, aunque no seas un jugador, para ganar en la vida hay que jugarse la vida, así de claro, Y si no te la juegas, al final también pierdes. La banca termina siempre ganándote. Solo cabe la mirada hacia delante, la lucha por lo venidero, el deseo de mejorar. Conformarse hace que se oxiden los réditos y que queden

inservibles. Y no debe uno arrepentirse nunca de su apuesta, si cree en la jugada, si piensa que tiene buenas cartas. Pero déjame que te diga algo más. Lo que jamás se puede hacer es ir de farol contra la vida, al final la vida es mejor jugadora que tú, conoce todos los trucos, las jugadas, va con cartas marcadas, solo puedes ganarla si juntas cuatro reyes. Y a pesar de ello a veces te derrota una escalera de color. Pero si no apuestas, jamás saltarás la banca, y jamás podrás decir que valió la pena la partida.

Qué cosas digo. Se me va la cabeza y empiezo a desvariar. Bueno, te estaba contando antes cosas del pueblo y de sus gentes. A Luis apenas lo vi desde que salí de Carbayedo de Arriba para ir al internado. Muchos años después me lo encontré, por casualidad. Estaba trabajando de camarero en una cafetería rancia y venida a menos de la capital a la que entré a tomar un café rápido, entre saltamontes y saltamontes. Su genuina alegría al verme contrastaba con mi vergüenza por el abandono de la amistad olvidada durante tanto tiempo. Abrazos, preguntas por la familia. ¿Ya no vas por el pueblo nunca? No puedo, ya sabes, estoy muy liado con el trabajo, pues te veo muy bien, bueno a ver si nos llamamos, ya sabes dónde estoy. No llamé nunca y no volví por la cafetería hasta muchos años después, cuando ya me había divorciado de mi mujer y de mi vida de ejecutivo. La cafetería era ahora una tienda de telefonía móvil, nadie supo darme razón de Luis. Después supe que había fallecido de un infarto mientras ponía unos cafés con churros a unas señoras endomingadas. Luis perdió la guerra de la vida, una guerra a la que acudió sin más armas que su bonhomía y su humildad. Fuera de las trincheras fue fácil blanco del enemigo.

Por cierto, ya que sacamos el tema, después de tu carta hubo también varias guerras, aunque ninguna en casa. Hubo hasta una guerra fría, que nos dejó a todos helados de pavor durante muchos años, con el terror a que un loco pulsara un botoncito que nos enviara a todos a freír espárragos. Hubo guerras famosas, la de Irak, la del Golfo, la de Afganistán... guerras televisadas, siempre con petróleo y riqueza en juego. Y hubo también guerras secretas, de las

que nadie habla, donde no había nada succulento que repartir, en África, en América, en Asia. Miles de muertos aquí y allá, anónimos, claro. Eran negros, eran árabes, eran indios. No llevaban puesto el abrigo del hombre blanco. Pero lo cierto es que, tantos años después, los humanos se siguieron matando los unos a los otros con mucha dedicación y esmero. Y con grandes resultados.

Y la sociedad siguió separándose entre aquellos con zapatos y sin zapatos, entre aquellos con futuro y sin futuro. Sí, es cierto, poco hemos aprendido en todos estos años. Pero es que poco parece que queramos aprender. Seguimos separados, enfrentados, abusando unos de otros, pobres y ricos, listos y torpes, hombres y mujeres.

Hablando de mujeres: una tarde, hace unos diez años, al salir de una librería, me topé con una hermosa dama de mi edad, de rasgos recios y cabellos rojizos. Vicentín, estás igual que siempre, mintió. Rosarito, tú sí que estás guapa. Tomamos un café y a los tres meses nos casábamos, ella era viuda desde hacía cinco años, me dijo que nunca había sido feliz en su matrimonio. Teníamos prisa por recuperar la vida perdida, por compensar nuestros fracasos, por comenzar otra vez. Lástima que durara tan poco, en dos años un cáncer se la llevó, y a mí a cambio me dejó una tristeza infinita. A veces la vida te da cartas buenas y otras, no hay buen descarte. Ya ves, dos veces me casé y ninguna de ellas fue con la maestra de Carbayedo de Abajo. Espero que no me lo tengas en cuenta.

Hoy por la tarde paseando por las calles silenciosas de Carbayedo de Arriba pasé por casa de Macrina, la vieja medio bruja. Está semiabandonada, como la mayoría de casas en el pueblo. La maleza cubre prácticamente las paredes y el tejado amenaza con caerse en cualquier momento. La vieja puerta de madera no resistió el leve empujón que le di y se abrió de par en par, franqueándome hospitalariamente el paso. Con ochenta años ya no me dan miedo las brujas ni los conjuros, así que entré llevado por una curiosidad casi infantil. Accedí al interior, estaba sorprendentemente bien conservado. El llar estaba en pie, con una cazuela

de cobre todavía descansando sobre la trébede. La estancia única tenía una gran mesa de roble y una única silla, se ve que Macrina no recibía muchas visitas en vida. Un anaquel en la pared albergaba unos misteriosos frascos con el cristal ennegrecido de polvo de décadas y un jergón de lana se ofrecía en un rincón. Abrí alguno de ellos y una extraña fragancia cuyo olor no supe reconocer ocupó la habitación. Soy viejo, me canso fácilmente y se me ocurrió tumbarme un momento en el jergón. Cerré los ojos un instante, e inmediatamente comencé a escuchar los ruidos del pueblo. Los martillazos de Rubén el herrero, las conversaciones de las mujeres en la plaza, los gritos alegres de los niños junto a la escuela. Me incorporé y salí fuera de la casa, frotándome los ojos por el cambio de luz. Vi pasar a Cecilio, repartiendo canicas de su bolsa, vi a Ramiro, todo confiado con el balón bajo el brazo. Vi a Luis acompañando orgulloso a su madre a la plaza. Vi al tío Avelino canturreando alegre junto a mi padre, y a mi madre con Carmen en brazos sonriendo ante la escena. Vi a la niña gitana jugando con su muñeca de trapo, y a don Amador corriendo descalzo por la ribera del río de la mano de la maestra vecina. Vi al pueblo vivo, feliz, entregado a sus afanes y a sus juegos. No vi ninguna mirada triste.

Al volver a casa, Lalo me estaba esperando, tumbado bajo el viejo banco de castaño de la antojana. Me miró y movió el rabo alegremente, contento por mi llegada. Así que entré en casa y terminé estas líneas. Dejaré la carta en una botella, junto a la tuya, a la espera de ser encontrada por algún capitán pirata, para que la lea y aprenda de la vida de Carbayedo de Arriba, de sus gentes, de sus desvelos, de sus miserias y sus triunfos. Para que descubra el gran secreto de la caza de ranas. Para que conozca el verdadero tesoro de la vida.

Y mañana temprano me iré caminando con Lalo al monte, siguiendo la misma senda que recorrió en su día para buscar al abuelo. Caminaré sin descanso a su vera y sin volver la vista atrás, hasta encontrarme con mi infancia perdida, con mis padres, con el abuelo, con mis

raíces ancestrales, con todos mis deudores y acreedores. Hasta reencontrarme definitivamente contigo, Vicentín.

Nos vemos muy pronto, un gran abrazo,

Vicente

-FIN-